

UN HÉROE GRIEGO MACEDONIO

Era el año 365 a.c, y un joven Macedonio llamado Filipo (no Filipo el gobernante de la Macedonia anterior a Alejandro a Magno) estaba entrenando para alistarse al ejército Macedonio, pero su dominio de la lanza era tal que se le encomendó una misión especial.

Las tribus semi civilizadas de los alrededores les habían robado un arma, pero no era un vulgar cuchillo o una de sus miles de espadas, era la mismísima lanza de la diosa Atenea.

Esta lanza había sido depositada por Atenea, la diosa de la guerra y la sabiduría griega, en su estatua de el Partenón de Atenas, pero posteriormente los macedonios la habían robado, y como si lo dijeran el escándalo se haría público le pidieron al constructor de la estatua, Fidias que hiciera una réplica y asunto olvidado.

La lanza tenía poder divino y era providencial recuperarla antes de que los pueblos semi civilizados descubrieran cómo usarla.

Filipo salió la tarde siguiente de la capital disfrazado de viajero, llevaba dos lanzas por si la primera se rompía o la lanzaba, víveres para una semana, monedas de oro y un magnífico caballo blanco.

Viajó por caminos hasta el pueblo más cercano, donde durmió en un albergue a cambio de sus monedas de oro.

Al día siguiente Filipo abandonó la seguridad de los caminos y se dirigió a el pueblo de las tribus semi civilizadas

Filipo ya había andado la mitad del camino, pero en la mitad que le faltaba iba a necesitar al menos tres veces más que en la primera mitad debido a que tendría que ir a pie por el terreno, no apto para los cascos de su corcel y con cuidado para que no lo detectasen.

Desgraciadamente nada más empezar a caminar por fuera de los caminos sufrió una emboscada por parte de tres bandidos.

Con un movimiento rápido sacó su primera lanza y empaló al primer bandido, a continuación se puso a luchar con los otros dos, que le empezaban a rodear.

Filipo mantuvo un ojo en cada bandido, ambos llevaban espadas cortas por lo que no podrían lanzarlas, pero eso y el alcance eran las únicas ventajas que tenía.

Los otros dos bandidos recelaban, cosa obvia debido a haber visto cómo mataba a su compañero. Filipo aprovechó su vacilación para hacer una finta y clavar su lanza en el pecho del segundo bandido, momento en el que el tercero aprovechó el momento para montar en su caballo y huir, pero no importaba porque el caballo no podría seguir siguiéndole.

Filipo continuó su camino tres días hasta llegar al pueblo la tercera noche, decidió acampar a un kilómetro y espero a la noche siguiente para atacar y buscar la lanza divina.

A la noche siguiente Filipo se dirige a una de las puertas laterales del pueblo, de las que solo tenían un guardia, Filipo dispara su lanza, un disparo arriesgado pero certero

en la cabeza del guardia, que no pudo ni gritar antes de derrumbarse.

Filipo se dirigió directamente a la armería, que tenía un guardia en la puerta, fácil para Filippo, el guardia se derrumbó en el suelo con una lanza atravesándole el corazón.

Pero la lanza no estaba, se suponía que tenía que estar pero no estaba.

Filipo se apoyó en la pared para pensar, que cedió ante su peso, ¡Y allí, en una enana habitación de piedra estaba la lanza! Esta vibraba de puro poder mientras Filippo agarraba la lanza. Una flecha voló por encima de su cabeza y se clavó en la pared detrás de Filippo, que se dio la vuelta para ver a seis guerreros, uno con arco, dirigiéndose a él.

Filipo usó sus dos lanzas normales y el arquero y un espadachín acaban clavándose inertes a la pared de la armería, que se tiñe de rojo. Pero los demás siguen avanzando y Filippo se obliga a usar la lanza divina. Filippo carga contra los cuatro guerreros restantes y con rápidos movimientos mata a dos, con la lanza no necesita apuntar, puesto que es capaz de atravesar las armaduras de bronce de los guerreros como si fueran de papel. Uno se lanza contra él y Filippo le atraviesa manchando el suelo con más sangre. Filippo nota el poder, sintiéndose invencible, pero de pronto siente un dolor en su espalda y mira atónito la espada que le atraviesa de par en par. Se había despistado y lo iba a pagar caro. Filippo se dio la vuelta y mató a el último espadachín mientras se derrumbaba en el suelo sabiendo que está a punto de morir.

Filipo se arrancó la espada y se le emborronó la vista. Empezó a ver alucinaciones, viendo delante suya a una figura blanca.

Todo se volvió negro.

Filipo se despierta en una habitación blanca sobre una cama blanca, había una mujer en toga delante suya. La mujer irradiaba puro poder.

- Soy la diosa Atenea - Dijo - Y te doy dos regalos, la vida y la lanza que has recuperado. - continuo - También, si cumples más misiones heroicas antes de morir te convertirás en un dios. Cuantas más y más difíciles sean más poder tendrás como dios y dependiendo de cómo las solventes contaras con mi favor al serlo o no. - Mientras hablaba Filippo la miraba con una mezcla de sorpresa y temor - Suerte, pequeño héroe.- El mundo empezó a dar vueltas y de pronto se encontró en las puertas de la capital.

Le contó lo ocurrido al gobernante y este le dio un ascenso a capitán y, si él quería, un permiso para ir de misión, puesto que un búho le había entregado una de Atenea con otra misión y un mensaje de advertencia de que otros dioses también le encargarían misiones.

Su primera misión ha acabado, pero seguro que le encargaran más.

